

Contestando por única vez a una carta

Con ruego de publicación, recibimos el siguiente escrito:

«Inútilmente he repasado mi carta anterior tratando de encontrar la abundantísima vomitona de bilis mal contenida, según mi criada respondona, encontrando en cambio, un olvido bastante primordial como es aquel: «cualquier semejanza que pudiera existir, etc., etc.» Porque, ¿no se empieza con un: «Imagínese deambulando Vd.....» llevando a aquel a quien se dirigía la carta por el campo de la imaginación? Con esto ya casi podría ponerse punto final, pero no puedo dejar de seguir contestando a la que ha tenido la gentileza de replicar a mi queja. Su réplica ha venido a ser como el cuento de aquel loro que cuando sus dueños lo sacaban al balcón y veía jugar a los mozalbetes en la calle, si alguna vez éstos se arrojaban piedras los unos a los otros, el loro exclamaba: «tireu pedres, tireu pedres». Pero un mal día una piedra dió de lleno en su jaula y el pajarraco al punto gritó: «prou pedres, prou pedres».

No debe de interesarme, por lo señalado al principio, en que jauta dió mi piedra, pero sería injusto si no hiciera constar mi admiración por el tono humorístico que también sabe usar la criada respondona a pesar de dar ella a entender que es esto lo que la molesta. No se queda rezagada en cuanto a su, digamos ironía—ella diría bilis—al concederme la categoría de «gos petener de masía» para después elevarme al tratamiento de Don. En verdad no hay para rasgarse las vestiduras ni para vomitar bilis, por sus tonos, buscando con ellos el resarcirse y con cre-

ces de la descortesía en aquel ladrar de «gos petener» y de las injurias que dice encontrar en mi carta. Tampoco me perjudicó a mí, como ella tergiversa, el perro en cuestión, sino a toda una comunidad y por lo tanto no competía a un ciudadano cualquiera el hacer ninguna denuncia, pero sí le asistía el derecho de exteriorizar en la prensa local, su disconformidad con aquel proceder. Todo esto partiendo siempre de la base de que el hecho fuese real, tal como lo ha convertido la réplica objeto de esta respuesta.

Y ahora, haciendo hincapié al otro tratamiento, al de Don, el más favorable para mí y el más apropiado para oponerlo a la servidumbre, tendré que repetir, pese a la señora criada respondona, que todo este jaleo ha surgido del abandono, la pasividad, la indiferencia con las que tratan a sus perros algunos propietarios, a pesar de llevarlos con ellos algunas veces. Hay sus excepciones y a ellas todo el honor, sin pretensiones de levantar bandera como viene a suponer mi replicante, sino única y exclusivamente patentizando mi disconformidad para con tal abandono. No se puede permitir que a la epidemia de un gamberrismo racional se sume otro de irracional, porque así lo quiere una parte de ciudadanos. Quizás muy pronto—y usted señora criada respondona sabrá si indiferentemente le alcanza algo en ello—empiece a cundir en nuestras calles un gamberrismo canino, nada edificante para los viandantes. Mas confiamos, porque nos lo han probado ya en su tiempo, que alguien sabrá cortar por lo sano tal abandono

y tendremos que aplaudir la mano fuerte que se sabrá aplicar a aquellos que no saben llegar a ser unos completos propietarios de perros. Así se ahorrará el que alguien lance una pedrada, imaginaria o no, yendo a parar quien sabe en que jaula.

Y nada más, sin antes complacer a mi señora la criada respondona con uno de sus deseos, pero también complaciéndome a mí mismo con una frase que ella llamaría pendenciosa: Se despide de usted su más atento s. s. que humildemente b. s. m.

Don Quintín el amargao



Sr. Director de ANCORA.

Muy Sr. mio:

Hace tres semanas, **Un pacífico transeunte** le escribió una carta sobre que si los perros y parterres y que si cierto conductor de coche.

La semana pasada, **Un pacífico observador** le escribió sobre si que parterre; mientras que a su vez **Un pacífico conductor** continuaba con el tema del **Pacífico transeunte**, mencionando ciertos puntos de nuestra ciudad, de dudosa pavimentación.

A continuación de tanta carta de tan pacíficas personas, quizás haría bonito ésta, escrita por

Un pacífico lector

DE COLABORACIÓN

LA EMANCIPACIÓN

Lograr la emancipación en el orden que sea de la vida, es la meta definitiva de las aspiraciones de todo ser humano. Se persigue de una forma denodada, como si residiese en ello el secreto del porqué luchamos. Y yo, desde el prisma en que vé mi modesto criterio la cuestión, afirmo que si un error existe en los principios que avalan nuestras ansias es este: Desear la emancipación, se barajan en esta concreta afirmación tanta diversidad de matices, que considero difícil hacerlos comprender con la exactitud anhelada. Y es que a veces, es muy difícil interpretar a los demás, porqué su forma de sentir y de pensar es producto de circunstancias vividas difíciles de asimilar por quién debe hacerlo como si leyera un capítulo de una novela que puede ser más o menos captado por su forma de ser.

La lucha, tiene su poesía. Los avatares, cuanto más amargos son, más poesía contienen. Porque soy de los que militan en la idea de que poetizar, es sentir lo amargo en plenitud. En consecuencia, si la amargura es poesía y es compañera de los grandes sentires, tiene forzosamente que ser reñida con la emancipación. Porque ésta, es la significación de la vida regalada, sin luchas ni trabas, absorbiendo el a simple vista placer del vivir sin problemas. Y el problema, es necesario, absolutamente preciso. Problema que plantee ante nosotros el dilema constante del maña-

na, cara a la incógnita, persiguiendo objetivos indeterminados, los que sean, con la recia voluntad del hombre en su más pura acepción.

Tratar, negar el valor al ansia de emancipación sería platicar doctrina negativa, por cuanto es privativo de individualidades el saber vivir alegremente estando convencido de que en el orden material lo definitivo no existe. Pero es evidente poder demostrar, que siempre, concretamente siempre, se es mucho más feliz cuando se posee el ansia de lograr lo soñado, que cuando ésta desaparece al transformarse aquel sueño en realidad.

Y ello explica el porqué a veces nuestro raciocinio halla ilógico el que seres que lo tienen todo, luchan constantemente buscando este algo que no se sabe comprender. Son manuales de esta fuerza invisible pero existente, que pregona con intrínseca seguridad uno de los tantos contrastes que forman el complejo campo de nuestro cotidiano hacer.

Hace algún tiempo, escribí espontáneamente una máxima en un instante de esos en que uno se siente matemáticamente aplomado, que ha sido la base de este pequeño ensayo. Hela aquí: Perseguimos la emancipación en todos los órdenes que se nos presentan en la vida, dejando por considerar que si llega a adquirirse, desaparece el objetivo a cumplir.

VICENSE

7 DIAS

El verano, el veraneo y lo otro

¿Cuánto dura el verano? Depende de los años. Desde luego, el 1951 se saltó a la torera su propio verano. Nos llovió, nos barrió el viento, y salvo algunos deliciosos días llenos de una luz borracha como solo aquí puede darse, el verano fué como un bandolero, al acoso de su presa, en este caso los pacíficos veraneantes, sobre los cuales soltar el chorro imprevisto de sus aguas desatadas.

Sin embargo, nuestros amigos y clientes, los extranjeros veraneantes, se pasearon por Ganxonia desde el Febrero, y en Noviembre se les podía ver aún tomando intenciones de sol en la playa. Ello quiere decir que el veraneo para ellos duraba muchos meses. No como aquí, que se circunscribe a los tres que van de Julio a Septiembre. En el extranjero el concepto de veraneo, sobre todo al norte de Francia, no existe, al menos con el sentido derivado del etimológico, que le damos aquí. Para ellos existen las vacaciones, que serán de verano o de invierno. Trátase ora de veranear o de invernar, y siempre buscando climas opuestos a los suyos propios. A nosotros nos gusta «veranear», es decir, pasar el verano fuera de nuestro lugar habitual, y desde luego, en otro más fresco, porque pertenecemos a un país cálido. Ellos descienden al sur en busca precisamente de la luz y el sol de que están faltos. Y para ello lo mismo les da aprovechar el verano cegador que el invierno claro de nuestras latitudes, donde el sol se levanta aún en invierno, y no se arrastra por el horizonte brumoso, como en Londres o Copenhague.

Ya comienza el movimiento de extranjeros por nuestras costas. Las avanzadillas han llegado. Ya nuestros comerciantes se frotarán las manos, y quien más quien menos estará pensando un medio de hacer su agosto. Pero, por Dios, no industrialicemos todavía nuestro tipismo y mucho menos nuestra hospitalidad. Conservemos el fondo de hidalguía que nos hace ser inmediatamente simpáticos a los ojos de los forasteros: no nos metalicemos en exceso, o, cómo me explicaría yo..... En fin, no le quitemos la poesía al hecho de mostrar la belleza que encierran nuestros alrededores. Me horrorizaría, y creo que a toda persona sensata, el ver dentro de poco tiempo una colección de guías improvisados, al asalto del turista, de pedigüeños, de barqueros-taxis-góndolas, y de «colles» de sardañistas de plantilla, al acecho de cualquier exhibición, todos ellos con cuatro palabras de inglés mal aprendidas y cinco de francés del Languedoc, intentando vivir como se pudiera de los enjambres de apresurados turistas durante el verano, cargando la mano en las tarifas, aprovechándose de la indecisión y del desconocimiento de las proporciones monetarias de los extranjeros..... para después vegetar malamente en el invierno, haciendo trabajos ocasionales o volviendo a la tan antigua y generosa industria del corcho.....

Si, los extranjeros vuelven, como las golondrinas, como las ilusiones. Y todo lo encontrarán muy bonito, muy delicioso, la gente muy simpática..... De lo que no suelen hablar es de la ciudad de San Feliu, quiero decir de la «urbs», de su conjunto de casas y de calles, de su armonía, de su aspecto material. No les llama la atención, más que en los casos, ¡harto frecuentes de descuido en el ornato y en la urbanización. Les choca, y están en lo cierto, la desproporción existente entre los magníficos alrededores, verdadero prodigio de la Naturaleza, de nuestra ciudad, y la ciudad en sí, que parece vuelta de espaldas a tanta belleza. La ciudad de San Feliu, a pesar de ciertas reformas recientes muy de aplaudir, sigue sin peinar, sin lavar y con alguna legaña. No puede acabar de gustarnos, no, señor. Creemos que no es cuestión de invertir muchos millones en su embellecimiento, sino de adecuarla con un cuidado diario, a un ritmo no por modesto menos eficaz. De este modo, a las muchas alabanzas que en el extranjero se prodigan a nuestros rincones y a nuestro carácter, se unirían las bien merecidas a nuestra milenaria —ay!— ciudad en sí.

J. V. A.